



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 38.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:
Calle de Bonaire, 48, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 17 Setiembre 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Generalife: Á mi amigo Luis Borbujo, por
D. Augusto Jerez Perchet. — Fantasía: Las lágrimas,
por D. Alejandro Buchaca y Freire. — La
esclavitud. — Biarritz. — Estudios históricos: Las
pasiones de un gran Rey, por D. Salvador M. de
Fábregues. — El caballo blanco, por D. Dámaso
Delgado Lopez, (conclusion). — La casualidad, por
D. José Selgas. — El poeta, (poesía) por Doña
Isabel Poggi. — La vida, (soneto) por D. Ildefonso
Llorente y Fernandez. — Caprichos del sentimien-
to: Novela original, por D. Jacinto Labaila, (con-
clusion).

Láminas. Venta de esclavos. — Colocacion
de los esclavos á bordo de un buque pirata. —
Baños de Biarritz, en el Puerto-viejo.

GENERALIFE.

Á MI AMIGO LUIS BORBUJO.

Ofrecí escribirte cuando llegase á Gra-
nada una carta de *viage*, pero el
tiempo ha transcurrido sin que vieras
cumplida mi promesa.

Ni mi escursión á Málaga, ni el pensar
en las tranquilas horas que sus playas me
ofrecieron, han borrado de mi memoria tu
buena amistad, como tampoco los últimos
momentos de mi permanencia en Madrid.

Mucho recuerdo los dias de tristeza en

que miraba el cielo esperando ver disiparse
las nubes que impedían mi marcha.

Cada mañana, cuando abrian el balcon
de mi gabinete, fijaba los ojos en las casas
de enfrente, y nunca veía un rayo de sol
sobre la pared, y si disipaba la sombra, un
destello fugitivo, desaparecía á los pocos ins-
tantes entre las nubes que derramaban copiosa
lluvia. Algunas tardes, mientras estaba sen-
tado en el sofá donde pasé las interminables
horas de mi convalecencia, sentía volar á su
nido una familia de gorriones que habitaba en
el alero de un tejado vecino. Aquellos pájaros
me entristecían, porque contemplaba á mi
alrededor una naturaleza pobre y miserable;
y al mismo tiempo causábanme alegría porque
esperaba encontrar en Andalucía mas vivo y
animado el mundo de las aves.

Y así me sucedió. En Granada me des-
pertaban las golondrinas con sus alegres vo-
ces, y ví que los árboles del *Salon* servían
de morada á multitud de pajarillos que al re-
unirse por la tarde en la espesura, llenaban
el aire con sus gritos agudos, penetrantes,
continuados, como si una horrible lucha hu-
biera entre ellos, ó como si presurosos bus-
caseu sus nidos, temiendo quizá la venida
de la noche. ¡Tal deben ser la agitacion y el
deseo con que la madre busque en medio del
peligro al esposo amado, al hijo de sus en-
trañas!

Granada está como siempre. Tú la co-
noces y no necesito por lo tanto hacerte una
descripcion de su estado actual. Pacífica, sin
movimiento, sin animacion, sin vida, sin in-
dustria, su existencia miserable sorprende y

contrasta con la vida de trabajo y laboriosidad
de su vecina Málaga y de todas nuestras pro-
vincias.

Aquí la vida se reduce á las diversiones
y al lujo; pero al lujo inmoderado y terrible;
al lujo que crea sin cesar nuevas necesidades;
que nunca está satisfecho y cuyo término es,
con harta frecuencia, la ruina y la desgracia.

Las artes, inagotable fuente de riqueza y
felicidad, han muerto para Granada. No turba
el silencio el golpe del martillo que dá formas
al hierro modificándolo y adaptándolo á los
usos de otras diversas industrias. No sube
por los aires el humo de la chimeneas ni
ruge el agua bajo la presion de las ruedas
dando accion á las fábricas donde el trabajo
arroja á los mercados sus productos distintos
que nacen, crecen y se perfeccionan con el
ausilio de millares de obreros, poderosas pa-
lancas de la sociedad, que moralizan y en-
noblecen al pueblo con su ejemplo y sus
virtudes.

Mas dejemos, querido Luis, considera-
ciones enfadosas, y pues el objeto de mi
carta es Generalife, sigamos adelante.

Para visitar la Alhambra ó Generalife es
preciso ir acompañados del poema *Granada*,
de Zorrilla, como para visitar á Sion es pre-
ciso la *Jerusalén*, del Tasso.

La obra de Zorrilla es la mejor guia que
puede llevar el viajero. Su estilo, la exactitud
en las descripciones, el encanto inimitable
de sus versos que nos trasportan á la época
de los árabes; todo, en fin, contribuye á
aumentar el prestigio de los lugares que re-
corremos.

Estas imágenes de arroyos y flores, de brisas y pájaros, ridículas ya por lo usadas, renacen en la Alhambra y Generalife mas bellas, mas poderosas, que en las relaciones de las leyendas y novelas.

Allí el espíritu sueña con hadas de luz, y bosques encantados, y músicas divinas, que vé surgir ante los ojos, como obedeciendo á la fuerza de un mágico talisman.

Generalife está edificado en una montaña. Bosques de perenne verdura lo rodean. A sus piés se estiende la ciudad y en torno suyo los campos.

Del peñon en la alta loma
Semejando está que vuela
Como rápida paloma
Que se lanza de un ciprés:
Mas si el ojo se asegura
De que inmóvil está en la altura
Le parece una gacela
Recostada entre una mies.

Visto Generalife desde lejos se presenta deslumbrante si el sol lo hiere. La comparación de Zorrilla es exacta.

Este palacio, cuyo nombre segun Marmol y el P. Echevarria significa *Huerta del Zambrero ó tañedor*, lo mandó construir el Príncipe Omar para descansar entre las músicas y los festines, de los disgustos cortesanos. No pudo, en efecto, su imaginación ardiente soñar una morada que mejor se adaptase á sus voluptuosas costumbres.

Colocado Generalife en la cima del monte dominando la ciudad y los alcázares de la Alhambra, parece el ángel de la pureza que se sienta lejos del bullicio mundanal y llama con la voz de sus pájaros y sus fuentes al hombre, ofreciéndole un retiro mas dulce, mas feliz que el seno de la corte granadina.

Tanto convida al amor y á los placeres, como al descanso y á la contemplación. ¡Misterioso poder el que así enlaza ambas necesidades de la existencia!

Conduce á Generalife una hermosa calle poblada de árboles y regada por dos arroyos que corren con agradable ruido. De trecho en trecho, y entre la espesura de las ramas que forman ligeras bovedillas, se precipita el agua por pequeñas cascadas, estrellándose contra las piedras, levantando espuma que hace temblar á las flores de las orillas, y dejando oír su voz poderosa que se confunde con la de otras fuentes hasta morir allá lejos, como un rumor fugitivo de la selva perdido en el espacio.

El último trozo de esta calle está adornado con magníficos cipreses, adelfas, dalias y multitud de otras flores y arbustos, terminando en una ancha plazuela situada frente á la puerta del palacio.

Lo primero que se encuentra es un precioso jardín al que dá entrada un templete con dos columnas en uno de cuyos capiteles puede ver, aunque bastante borrosa, la inscripción árabe *Le galib ile Allah*. (Solo Dios es vencedor.)

Ocupa el centro del patio una glorieta rústica. A la izquierda corre una galería con ventanas que miran á los jardines, á la Alhambra y á la ciudad. A la mitad de la galería hay una capilla, antiguo *mirab* ó oratorio, consagrada á la Purísima Concepción.

Apenas se descubren en algunos arcos restos de labores y adornos, pues manos profanas han hecho desaparecer las bellezas de la arquitectura árabe, con el ridículo blanqueado que cubre hoy las paredes y ventanas borrando inscripciones y dibujos. ¡Necia ignorancia! Criminal descuido que trasforma la preciosísima obra de Omar en una construcción moderna, sin mérito y sin interés.

En el extremo del jardín y sostenido por cinco arcos de mármol hállase un vestíbulo con varias inscripciones, de las que copio algunos fragmentos notables.

«¡Oh Rey ensalzado! ¡Vencedor de tus enemigos! Entrás en la batalla como el rayo, y cabalgando tan veloz como El-Borak (1) que parece caminar ligero de un cabo al otro del mundo. Sálvete aquel que caminaba en una noche inmensos espacios (2): y sea tu guía el ángel grande que le guiaba (3).»

«Alcázar hermoso y de gran primor, se representa con mucha magestad: luces despiden de grandeza grande, todo lo baña con su resplendor. Cubrenle nubes de claridad y bondad por todas sus partes con magnificencia: digno es de que se le ofrezcan dones de alabanza, como que tiene algo de divino su adorno. Su jardín adornado de flores, cuyo asunto son las plantas fijadas con gran fantasía, exhala suaves olores. Mueve el aire sus ramas y causa suavidad y armonía, siendo como una música concertada. El campo espacioso por todos los alrededores se deja ver ameno, y en una verdura continúa.

Después del vestíbulo sigue la sala de los retratos que son dos habitaciones separadas por un templete.

Volviendo á la primitiva antesala, subimos al patio de los cipreses. La galería de entrada, tuvo en otro tiempo pintadas las paredes con escenas de costumbres árabes y cristianas. Aquellos frescos han desaparecido y solo impera allí la cal que todo lo destruye.

Divídese el patio en cuadros de adelfas y diferentes flores, circundado por una hilera de rosales, cipreses y arrayan. El día que visité á Generalife saltaban todas las fuentes y conté en este patio treinta y nueve.

Allí está, dominando á los demás árboles el ciprés de la *Sultana*, testigo de la horrible calumnia que vino á turbar unos amores inocentes y puros. El tronco del célebre coloso ofrece una profunda cavidad, pues los viajeros que lo visitan arrancan una astilla de su corteza. Yo hice lo mismo, y guardé la preciosa madera después de lavarla en una fuente.

Subimos por una escalinata adornada con macetas á otro jardín, y de aquí entramos en una gruta frondosísima. Pero quedaba todavía otra sorpresa. Era preciso ver los últimos jardines. La escalera que entre bosques frondosos conduce á ellos se divide en tres descansos con igual número de fuentes; y en los costados baja el agua desde grande altura, por unas canales ó acueductos descubiertos.

El ruido de las fuentes; el del agua que se despeña en lípidos borbotones; el estremecimiento de las hojas; los pájaros; el aire que mueve las ramas de la altura; la luz que penetra en el bosque, todo en fin, constituye un mundo de armonía que seduce, que embarga los sentidos. No pronunciamos una voz; no avanzamos un paso temiendo perder este paraíso. Tal fantasía no se comprende ni se adivina. Mayor belleza no puede existir.... Pero me engaño.... El verdadero paraíso está mas adelante, en un mirador moderno.

Asomado á sus ventanas lei los versos de Zorrilla que tan admirablemente describen aquel panorama.

Junto á tí los Alijares
Ataviados á lo moro.

Inmediato á Generalife, en la cumbre del *Cerro del Sol*, quedan vestigios de un palacio árabe. No lejos de este sitio hubo una espléndida casa de recreo, llamada los *Alijares*, de la que dice un romance antiguo.

El moro que los labraba,
Cien doblas ganaba al día,
Y el día que no trabaja
Otras tantas se perdía.

- (1) Caballo de Mahoma.
(2) Mahoma.
(3) El ángel Gabriel.

Mas allá sobre pilares
De alabastro, *Darlaroca*
Con su frente al cielo toca
Que la sufre su altivez.

Darlaroca significa *Palacio de la novia*. Han desaparecido sus restos.

A su par los frescos baños
De las reinas granadinas.

Segun la opinion mas fundada, estaban estos baños en el estanque llamado *Albercon de las Damas*.

A tu izquierda el montecillo
Cuyo pié Genil evita
Reflejando en sí la ermita
De los siervos de la cruz.

Todavía existe la ermita de San Anton el Viejo, en la márgen izquierda del Genil. Los árboles inmediatos la ocultan por completo.

A tu diestra el real castillo
Sobre el cual volteja inquieta
La simbólica veleta
Del bizarro Aben-Habuz.

Aben-Habuz, alcaide y gobernador de Granada, mandó edificar en el collado del Albaicin un palacio cuya veleta era un guerrero con lanza y adarga que tenia la siguiente inscripción.

Dice el sábio Aben-Habuz
Que así se defiende el Andaluz.
Y allá mas los grandes saltos
De las aguas de la sierra
Cuya eterna nieve cierra
De tus reinos el confin.

El manto de nieve que cubre los picos de Sierra-Nevada nunca desaparece por completo. El moro Rasis la llamó *asperisima sierra del Sirgo*. Los antiguos le dieron diferentes nombres, tales como *Sierra de la Helada*, *Xolair*, *Solaira* y otros.

El círculo de esta montaña y las sierras de Alhama, Loja, Montefrío, Parapanda, Elvira, Modin, Colomera y Cogollos forman la muralla ó cerca de Granada.

A tus piés *Torres Bermejas*.

Estas torres, bastante destruidas, no se ven desde Generalife por impedirlo el bosque de la Alhambra.

Y bajo ellas el espacio
Respetando del palacio
De su rey, los valles frescos
Donde habita la salud.

Por ambas márgenes del Darro se elevan ásperos montes cubiertos de una robusta vegetación rica en frutales, álamos y numerosos bosques entre los cuales aparecen *cármenes* y jardines fertilizados por aguas que se filtran desde las cumbres. El monte de la márgen derecha está poblado de casitas y miserables cuevas que habitan los gitanos; y el de la márgen izquierda guarda en sus selvas riquísimas fuentes como la del *avellano*, de la *salud* y la *agrilla*. Los moros venían á los cármenes de estos lugares á recobrar la salud perdida.

Antes de abandonar el palacio y mientras acababan de formar un ramo de flores, me senté, junto á las columnas en el jardín de entrada.

Caía la tarde. Nubes sombrías vagaban en la atmósfera, y las nieblas de la noche estendíanse por la vega.

A mi oído llegaban los rumores del agua. Los suspiros y los jazmines embalsamaban el patio. Abrí el libro de Zorrilla y quise leer; mas á los pocos instantes suspendí la lectura; todo me distraía. Era imposible abstraerse en un solo pensamiento. En aquel sitio y á tal hora se pierde la imaginación entre mil confusas ideas.

Unos pájaros vinieron á los árboles del jardín. ¡Acaso sus abuelos buscarían abrigo en las mismas ramas cuando los árabes eran señores del palacio! Hoy todo ha variado, pero

las inocentes aves encuentran igual abrigo y seguridad.

Salí de Generalife y bajé por las alamedas de la Alhambra.

Era de noche. El aire estaba impregnado en esos olores indefinibles y distintos de agua, yerba, flor y arbusto; ricos gérmenes de savia y salud, que se aspiran con ansia y parecen derramar la plenitud de una vida joven y poderosa.

A través de los árboles brillaban algunos farolillos que aparecían y desaparecían según el movimiento de las trémulas hojas.

El rumor de las aguas era pausado, como si no quisieran turbar el misterio de la noche silenciosa y tranquila.

Es imposible pintar el encanto de la Alhambra en estas horas. El alma lo comprende sin acertar á describirlo.

La imaginación desconoce límites.

La palabra es limitada y por eso no sigue el vuelo de la idea.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

Granada Agosto de 1865.

FANTASÍA.

LAS LÁGRIMAS.

Esta fiel manifestación de los mas diversos y variados sentimientos que oprimen frecuentemente á nuestro ánimo es el desahogo de las impresiones que nos dominan, el arroyo que desinunda la mente henchida por las fuertes sensaciones que repetidas veces recibimos.

La naturaleza ha querido dar expansión á la sensibilidad, y lo ha hecho por medio del llanto; medio sublime cuya corriente espresa de una manera palpable ya el dolor, ya el placer, la grandeza del alma, el remordimiento de la conciencia y todo cuanto se siente de intenso.

¡Cuánto se llora, Dios mio! ¡Cuánto llanto se derrama!

Con razón se ha dicho que el mundo es solo un valle de lágrimas.

Ellas corren con gran profusión, y cuando se enjugan parece que dejan surcado el rostro por donde se deslizaron.

La fuerza del sentimiento las germina haciéndolas brotar ensangrentadas del corazón, y al verterlas los ojos que las lloran las convierten en líquidas perlas que se evaporan para dar al ambiente la frescura que embellece todo lo sensible y tierno.

¡Mágico líquido que destilan los espejos de nuestra alma á impulso ordinariamente del dolor, la desesperación, la vergüenza y á veces el entusiasmo y la alegría, haciendo penetrar la compasión en el pecho del hombre mas endurecido!

Raras veces las lágrimas empañan las pupilas de los malvados, si acaso se desprenden de sus lagrimales enrojecidos lo hacen como pequeños grumos de lava que saltan del cráter de un volcan. Buscarlas puras ó desleídas entre sus párpados es querer hallar almidón en el aguijón de una vívora, ó frescas gotas de agua en la abrasada arena del desierto.

Lo dulce y consolador no puede acompañarse con lo indigno.

Así como todo lo que vive muere y todo lo que vela duerme, suele decirse que todo el que llora rie; esto podrá tener algo de verdadero, pero el llanto y la risa en el hombre no está en la misma relación que el vivir y el morir; tiene mayor semejanza con el velar y el dormir.

Hay seres que rien mucho y lloran poco, como también al contrario.

A Jesucristo nadie le vió reír jamás, y lloró la muerte de su amigo Lázaro.

Yo sé y débil mortal, condenado por mi

infortunio al sufrimiento, he llorado mucho y muchas veces con amargura.

El llanto ha desahogado á mi corazón en diversas ocasiones.

Huérfano y abandonado de mis parientes he vivido solo desde mi tierna edad teniendo que salvar todos los escollos que el mundo abre ante la inesperienza.

En los primeros años de mi juventud, ávido de emociones, sentí en los encantos de la poesía una ilusión que doraba todo cuanto hallaba á mi paso por abrojos que se presentara. Pero muy pronto la adversa suerte me hizo trocar los placeres en penas, y desde entonces no he gozado un instante de felicidad.

En una de esas reuniones en donde muchos acuden para matar el tedio que les produce el ocio á que viven entregados, me hallaba yo admirando las estudiadas maneras de esas gentes que llaman de buena sociedad.

Mis ojos contemplaron el rostro encantador de una joven que allí había, y al mirarla me pareció ver en ella la hermosura y pureza de un ángel. También ella clavó en mí sus miradas, fijándose únicamente en el traje que llevaba.

Yo, inesperto, no comprendía cómo la vanidad y la soberbia suelen ocultarse bajo la máscara de la hermosura y de la candidez.

Seguí ciego á aquella muger, y mas tarde me correspondió con un aparente amor.

¡Con qué vehemencia la amaba! jamás su brillo se apartó de mi mente ansiosa; no sabía á qué comparar sus atractivos; y aun hoy, no obstante los diez años que desde entonces han transcurrido y el triste desengaño que sufrí, su recuerdo hace renacer en mi alma mis perdidas ilusiones. ¡Delicias de mi primer amor! ¿cómo podré apartaros de mi memoria?

Algun tiempo viví entusiasmado meciéndome sobre las olas del mar de la esperanza y de la ilusión; lleno de fe no omitía medio alguno que pudiera contribuir á avanzar en la senda de mis amores. La candida faz de mi adorada era el norte que dirigía todos mis pasos y la antorcha que alumbraba mi camino.

Por un medio ingenioso, aunque atrevido, pude adquirir su retrato estampado sobre una luciente lámina de metal. ¡Qué alegría experimenté al adquirirlo! ¡Con qué placer le colmaba de besos!

Supe despues que ella tuvo noticia de esta adquisición, y nunca he podido saber el efecto que le causó.

Era su retrato el talisman que embellecía todos mis trabajos; si lo colocaba frente á mí, dibujaba con mas facilidad y seguro contorno; iluminaba dando mayor viveza al colorido, escribía con mas propiedad é inspiración; los viajes que de ordinario suelo hacer al campo y á los bosques me parecían menos fatigosos si le llevaba conmigo. Tal era el entusiasmo que me producía el parecido de la que amaba.

Así pasaron algunos meses cuyo embeleso no era otro que mirar el retrato cuando no tenía presente el original.

Entre tanto Adela, que así se llamaba la muger querida, pudo por medio de su hermano relacionarse y visitar á las gentes mas opulentas del país. Yo continuaba amándola con cariño y ella hasta escarnecía mis manifestaciones de amor. ...

Tomé la resolución de hacer lo posible para olvidarla, y mientras la cabeza se esforzaba luchando con el corazón para vencerle y obligarle á desistir de su erótico empeño, recibí una carta del hermano pidiéndome con urgencia una entrevista. Acudí diligente al punto de la cita y bruscamente me pidió que le entregara el retrato de su hermana, manifestándome al mismo tiempo que él y todos sus parientes recibían con disgusto que yo hubiese siquiera imaginado que una señorita como Adela podía corresponder en ningún tiempo á mi amor.

Yo que si bien había conseguido la posesión del retrato por un medio atrevido no dejaba por esto de ser muy legal, y no había cometido otro delito que haberla amado mucho, contesté al hermano con dignidad negándole á su despótica exigencia.

Ya la cuestión iba á producir efectos mas desagradables cuando afortunadamente un tío suyo trató de evitarlos.

Nunca pude condescender con entregar el retrato, pero convine en borrarlo en presencia de dos amigos imparciales, dejando con esto terminada la cuestión.

No podeis, caros lectores míos, imaginaros cuánto sufrí al ver contrariado mi amor con tanta dureza; no me es posible describir la desesperación que se apoderó de mi alma en aquellos días. Anegado en lágrimas se empuñaban mis ojos, enmudecía mi boca y no podía articular sino palabras entrecortadas.

Conocía que la muger á quien amaba no merecía que la prodigara tanto holocausto; que debía olvidarla y no obstante cada día estaba aquella idea mas fija en mi memoria, de la cual no encontraba medio para separarla.

¡Gran Dios! ¡cuántas veces me has visto bajo la bóveda del templo, al pie de tus altares pidiéndote que borraras de mi mente el amor que me devoraba!

Llegué por fin á sospechar que mi querer era un delirio nacido de mi estremada presunción, que mi amada era hija de un potentado y que su familia se oponía á mis pretensiones por la desigualdad en la riqueza de entrambos. Pero un íntimo amigo de esa familia oyéndome hablar en este sentido me contestó: «Adela no es mas que una joven sin riquezas como tú, mas la fortuna que ha adquirido su hermano por haberse enlazado con una muger noble y rica la enaltece; goza de los favores de su cuñada y se presenta en sociedad con una pompa que tú no puedes; esto la llena de soberbia y de vanidad. Te cree un estorbo para lograr un esposo que le proporcione riquezas y timbres con que poder hacer brillar mejor su hermosura entre el lujo y la ostentación. Y por esto cuando le hablan del amor que sientes por ella se indigna y te escarnece.

«En su rostro bello y encantador se manifiesta el encono. Y por lo que se pinta en sus delicadas facciones parece que quisiera hundir en el polvo hasta tu memoria.

«¡Pobre joven, que han lacerado tu dulce corazón al abrirlo á la mas pura y desinteresada de las pasiones!

«¡Cuánto debes sufrir tú que has soñado que en ella se encierra todo el bien de la vida y te encuentras sin la esperanza de entreverle durante el camino de tu apasionada existencia!

«Consuélate y confía en la misericordia del Padre Omnipotente que mira con piedad á los desgraciados. El hará que ames á otra muger que te sembrará de flores la senda de la vida, y feliz en sus brazos, mas que lo hubieras sido en los de Adela, recogerás el fruto de tu acendrada ternura»....

Por esta relación conocí que el ídolo á quien yo rendía culto era un dechado de soberbia y de vanidad. Y si no se extinguió mi dolor, me fuí poco á poco acostumbrando al sufrimiento.

Despues de mucho tiempo de sufrir, cuando la resignación comenzaba á paliar el dolor, en una mañana de Abril tuve que ir á reconocer una corriente de agua que tenía su nacimiento en una espesa selva llamada de los lirios; fuí á practicar la diligencia y luego de haberla practicado quise descansar un momento. El graznido de unos cuervos que volaron por allí me hizo sentir una especie de malestar; tomé asiento al pie de un robusto álamo y un sudor frio se apoderó de mí haciendo temblar todos mis miembros. Creí que

aquello era debido á una de esas afecciones nerviosas que comunemente padezco.

Mi corazón aceleraba sus latidos, mi cabeza se inclinó hacia mi pecho, dos gruesas lágrimas rodaron sobre mis mejillas y mis labios exhalaban involuntarios suspiros.

Un largo rato estuve sin poder gritar ni moverme; sentí sonar una campana que llamaba á los fieles á oír la misa conventual en la aldea vecina.

Me parece que aquel sonido me reanimó. Pude levantarme, me fui á llamar á un labradorcito que me acompañaba y lo encontré dormido bajo un árbol en cuyo tronco había atado á mi caballo.

Disperté á mi joven compañero, saqué mi reloj, vi la hora que marcaba, y tomando á mi caballo de la brida nos marcha-

mos pausadamente hacia la aldea.

Quince días después volví á la ciudad olvidado de cuanto me había acontecido durante mi ausencia.

Una tarde que salía de casa para dar un paseo encontré á una criada que parándome en la calle me dijo: — Señorito: ¿Sabe V. que la señorita Adela ha muerto?

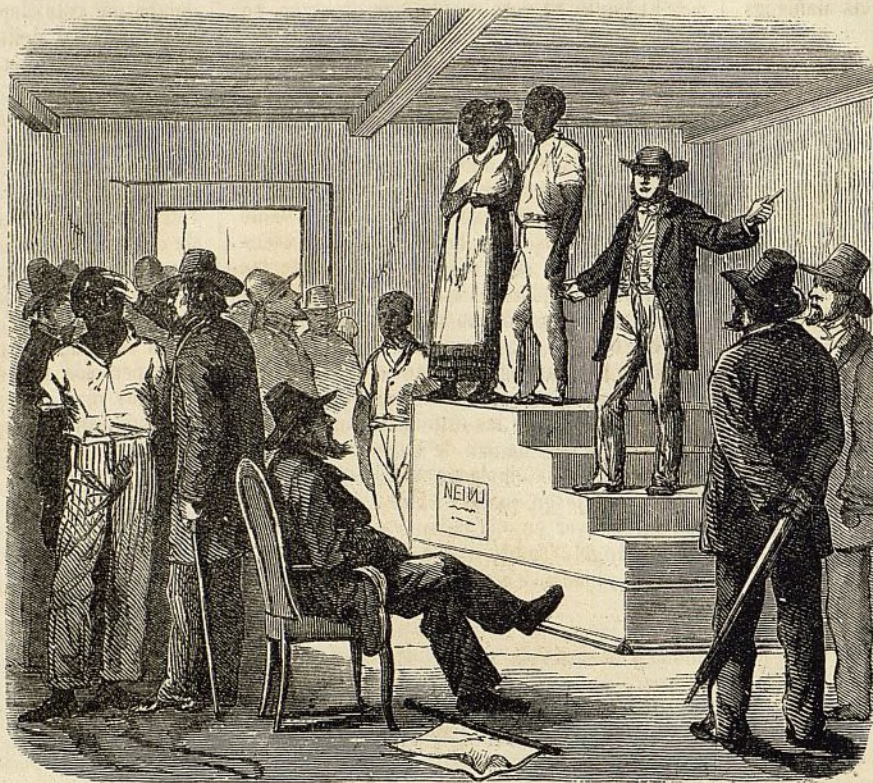
— ¿Cuándo? contesté yo con asombro.

— El domingo diez y siete del pasado mes de Abril, á las nueve en punto de la mañana.

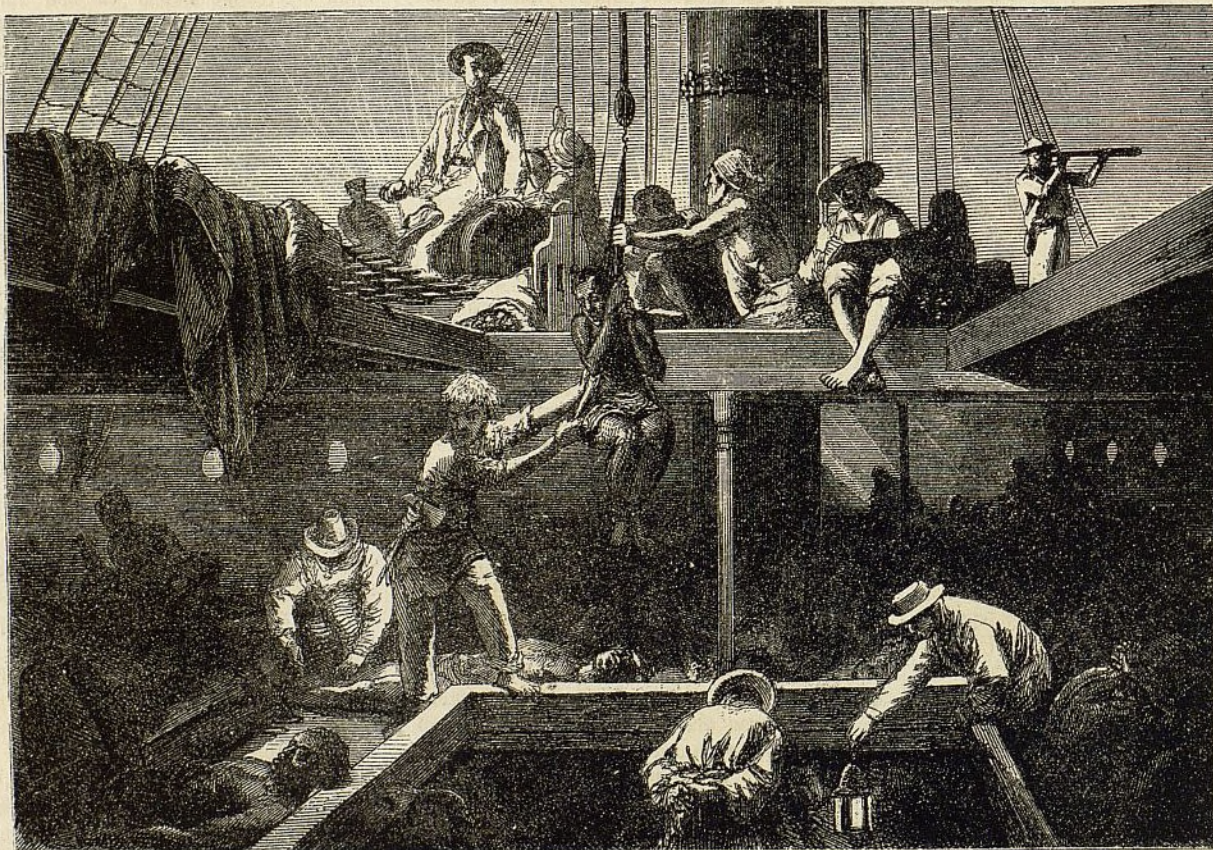
En el mismo día y á la misma hora que marcaba mi reloj cuando lo miré en la selva.

No pude menos de suspirar y buscar un desahogo en el llanto; única honra fúnebre que me fue posible tributar á la mujer que había sido dueña de mi corazón. *Bienaventurados los que lloran.*

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.



VENTA DE ESCLAVOS.



COLOCACION DE LOS ESCLAVOS Á BORDO DE UN BUQUE NEGRERO.

LA ESCLAVITUD.

La guerra de los Estados-Unidos ha lavado una mancha que empañaba la gloria de aquel país, ha abolido la esclavitud, ese borron de las sociedades modernas. La guerra ha sido cruel, los hermanos han luchado con los hermanos, los padres con los hijos; un grande hombre ha sido inmolado por la faná-

tica mano de un esclavista, pero sobre tantos desastres, sobre tanta desolacion se levanta hoy un lábaro santo, el lábaro de la redencion del negro.

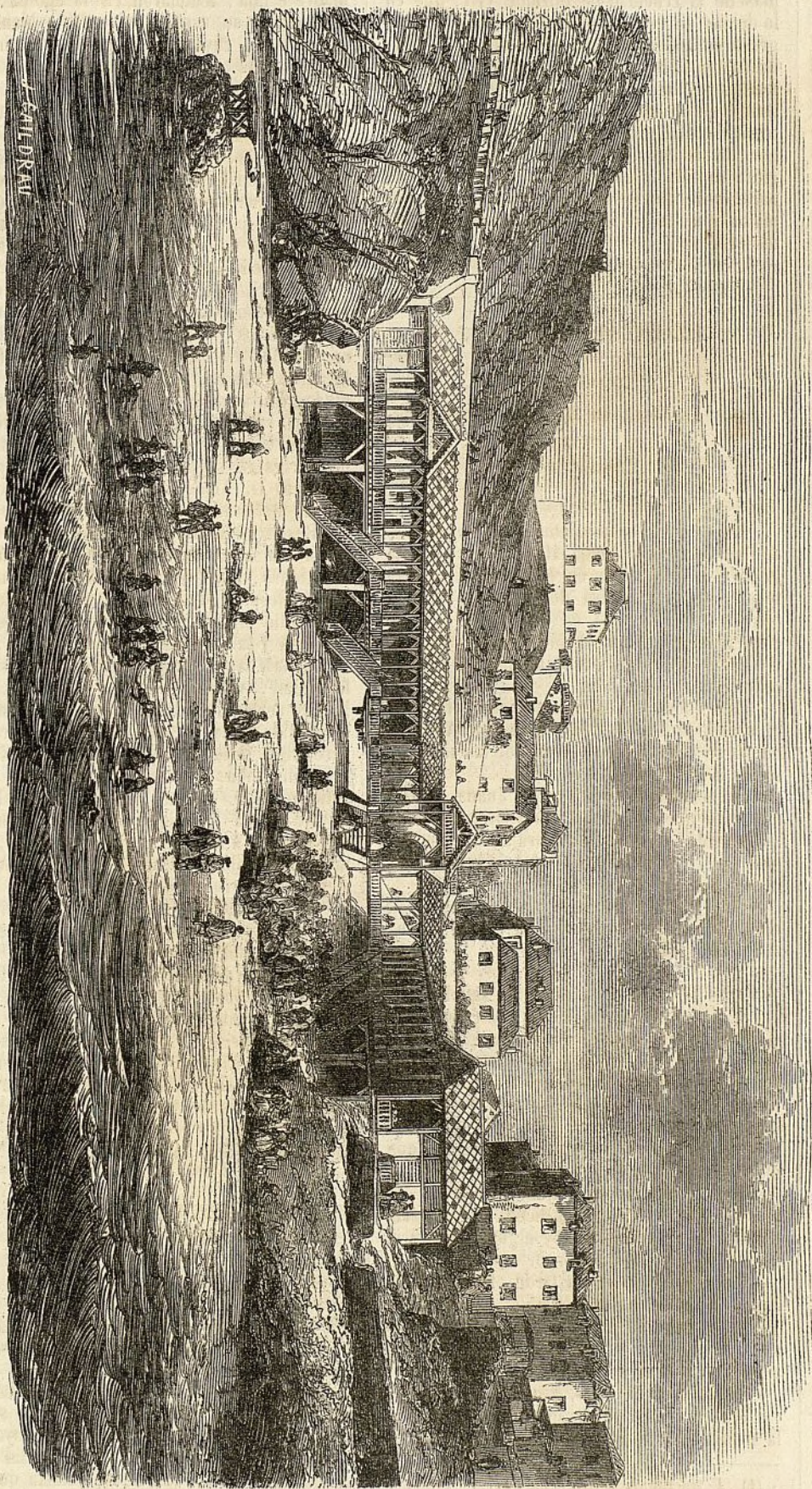
¿Sabeis lo que era la negociacion de la carne humana en los estados del Sud, los defensores de la eterna servidumbre del hombre de color? Contemplad una venta de esclavos: algunos carteles colocados en las esquinas, algunos anuncios insertos en los periódicos,

daban cuenta de la venta próxima, y llegado el día el pregonero plantaba á la puerta de su oficina una bandera roja, muestra fatal de sus odiosos contratos. A la hora citada se esponía al público la mercancía, el vendedor y algunas veces el mismo esclavo elogiaba sus buenas cualidades, los compradores examinaban minuciosamente al negro ó negra, le miraban los ojos y los dientes, como á un caballo, daban precio y la mercancía era suya.

El valor de un negro variaba de 50 á 30,000 dollars.

La población de color creció de una manera notable en los últimos diez años en los Estados del Sud: en 1850 era de 3.500,000 personas, de las que 3.200,000 eran esclavos

al recobrar la calma perdida por tan grandes sacudimientos, darán gracias á la providencia por haberles librado de las terribles consecuencias de una sublevación de esclavos, inevitable andando el tiempo en todos los países donde se halla admitida la esclavitud.



BAÑOS DE BIARRITZ, EN PUERTO-VIEJO.

y en 1860 se elevaba á 4.500,000, un millón mas que en la fecha anterior.

Afortunadamente la esclavitud no existe hoy en los Estados-Unidos, que sentirán momentáneamente el malestar que ocasionan siempre los grandes cambios sociales, pero que

Las láminas que publicamos en la página anterior representan un *Mercado de esclavos* y la colocación de los esclavos en un *buque negrero*, copia de un cuadro de Mr. Biard.

BIARRITZ.

El pueblo de Biarritz, que la moda había señalado hace años como centro de reunión en la temporada de baños de lo mas escogido de la sociedad francesa, ha aumentado mucho en importancia desde que la emperatriz lo ha elegido para su residencia de verano, haciendo construir un bello palacio que lleve el nombre de Villa-Eugenia.

La entrevista de los Reyes de España con los emperadores, que se acaba de verificar en Biarritz, hace que este nombre circule en la actualidad de boca en boca y ¿quién sabe si esta circunstancia le dará un señalado lugar en la historia?

La lámina que publicamos en este número representa la vista de Biarritz, tomada desde el punto llamado el Puerto-viejo.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LAS PASIONES DE UN GRAN REY.

VI.

Catalina Parr.

1543—1547.

Poco mas de un año despues de la muerte de Catalina Howard, se enlazaba Enrique VIII en 12 de Julio de 1543 con su sexta y última esposa. Era esta Catalina Parr, hija del caballero Tomás Parr de Keudal, y viuda de Newill lord Latimer. El carácter de esta muger era á propósito para Enrique. Aficionada al estudio de la teología, pasaba largas horas en discusiones con su real esposo, ya explicando una tesis dogmática, ya impugnando otra que proponía el rey, en una palabra, la ilustración y conocimientos de Catalina Parr eran tal vez superiores á los de su esposo, al que derrotaba completamente en algunas de sus conclusiones. Este á mas de llamarla *dulce corazón mío* como había llamado á sus demás mugeres, dábale con mas frecuencia el nombre de *doctor kate*, (abreviación de Catalina). Cuenta el historiador Hallam, que en cierta ocasión, defendiendo Catalina la superioridad del catolicismo sobre la religion reformada, venció y confundió á su esposo en la discusión. Este se retiró de improviso, y no viendo en su esposa mas que un enemigo de la religion que profesaba la nación y de la que era jefe, mortificado además por haber sido vencido por una muger, dió contra ella la orden de prisión. Entrar en la Torre era equivalente á subir al cadalso, por lo que advertida del peligro Catalina por su médico, fue á encontrar á su esposo, y delante de sus consejeros le declaró que si le había contradicho en ciertas materias, había sido únicamente para proporcionarse el placer de oírle razonar sobre esas mismas materias que trataba con tan profunda como inegable superioridad. Convencida de esto la vanidad del rey-teólogo, perdonó á su disidente esposa.

Echemos una rápida ojeada sobre los postreros acontecimientos del reinado de Enrique VIII.—Francia é Inglaterra estaban á

pique de romper. Resentido Francisco I de que Enrique hubiese reusado su intervencion cuando sus cuestiones con la Santa Sede por su matrimonio con Ana Boleyn y divorcio de Catalina de Aragon, trató de concitar contra él á Carlos V, pero como ya habia fallecido la tia del emperador, éste se dió por satisfecho con que Enrique hiciera reconocer por el Parlamento, los derechos de sucesion á la corona que tenia la princesa Maria. Esta declaracion fue el rompimiento entre España y Francia, pues Carlos V no habia dejado de considerar á Francisco I como á su único y mas mortal enemigo. Enrique queria organizar una coalicion entre la casa de Tudor y la de Stuart que reinaba en Escocia, á cuya nacion procuraba propagar la religion reformada; Francia se lo descubrió, é impidió realizarlo haciendo públicos sus ocultos manejos. Desde entonces estas dos naciones, poco antes tan amigas, fueron ya contrarias, siendo provechosa esta enemistad á Francia, mas un poco mas tarde en el reinado de Maria, pues recobraron á Calais que fue tomado en 1558 por el duque de Guisa. Mas volvamos á Enrique.

Sus últimos años fueron en los que segun él, recompensó á sus leales servidores. Receloso y cruel, y sin cesar irritado por los dolores de su mal, tenia continuamente una sed hidrópica de sangre. Hemos visto al duque de Norfolk heredar el poder que Cromwell perdió con la cabeza, y hemos visto á este ilustre personaje emparentado con el rey, que casó sucesivamente con dos de sus sobrinas, á mas de haber enlazado á su hijo natural lord Enrique Fitzroy, duque de Richmond, con una hija de Norfolk, pues á pesar de esto y de los grandes y eminentes servicios prestados por tan buen patricio que á mas de la victoria de Hodden, contaba tantas como batallas habia dado, por lo que era reputado por el mejor general de Inglaterra, á pesar de esto, repetimos, aun tuvo Enrique la crueldad de encerrarlo en la Torre con su hijo primogénito el conde de Surrey, que era el mas valiente caballero de la corte así como el mas erudito é ilustrado. Lord Surrey, el mejor poeta que entonces existia, ídolo de las mas bellas damas de la corte de Enrique, fue decapitado el 15 de Julio de 1547, y su padre le hubiera seguido muy pronto, si durante la noche del 28 al 29 del mismo mes no hubiese muerto Enrique VIII, victima como Felipe II de las gangrenosas úlceras que consumian su cuerpo, convirtiéndole en un monstruo asqueroso, á bien de que ya lo era por su crueldad y despotismo.

Hemos titulado estos apuntes históricos *Las pasiones de un gran rey*, y vamos á esplicar en qué sentido concedemos á Enrique VIII la calificación de *grande*. Enrique Tudor era un príncipe de talento bien cultivado, con bastantes conocimientos y bastante política para llevar á cabo una revolucion social, como lo hizo adoptando la reforma, solo por salir en su empeño de repudiar á Catalina y casarse con Ana Boleyn. Si grande puede llamarse al héroe que se cubre de gloria con inmortales hazañas, también puede concedérsele este dictado al criminal que se escuda á los demás, al tirano que supera á esas grandes figuras de la antigüedad, á los Tiberios, Nerones, etc. Si Carlos V mereció el ser llamado el *gran emperador*, y Gonzalo Fernandez de Córdoba el *gran capitán*; Enrique VIII merece también ser considerado como un gran rey, pero grande en crueldad y en despotismo. Y para que se vea su instinto sanguinario hasta dónde llegaba, Hume ha formado una estadística de los personajes notables que murieron en el cadaíso en su reinado, casi todos inocentes víctimas de sus fieros instintos. Estos fueron los siguientes: dos reinas, dos cardenales, tres arzobispos, diez y ocho obispos, trece abades, quinientos priores monges y sa-

cerdotes, catorce arcedianos, sesenta canónigos, mas de cuarenta doctores, doce duques, veinte marqueses y condes con sus hijos, veintinueve barones y caballeros, trescientos treinta y cinco nobles feudatarios, ciento veinticuatro ciudadanos, y ciento diez damas de elevada condicion.

Este es un pequeño resumen de las victimas de la crueldad de Enrique VIII; que en lo demás su reinado dió un gran paso al progreso en todo. Las artes, las letras, la industria y el comercio fueron protegidos y fomentados por él y por sus ministros; se introdujeron mejoras en todo, en la administracion civil, en el ejército, y quizá el origen de la preponderancia de la marina inglesa se deba á este rey. Hasta el arte culinario le fue deudor de la confeccion de algunos platos y de la introduccion de varios alimentos (1).

SALVADOR M. DE FÁBREGUES.

EL CABALLO BLANCO.

TRADICION

por D. Dámaso Delgado Lopez.

(Conclusion.)

IX.

En los mismos momentos de que acabamos de hablar, Doña Juana Henríquez y su hija Beatriz se encuentran en el jardín de su casa respirando la frescura de la noche en una estrecha placeta que en su centro hay, á cuyo testero están las habitaciones de la casa, y desde donde guía una arenada y estensa calle, á una puerta falsa.

Esta puerta se halla entornada solamente esperando la llegada de D. Alonso de Aguilar, que ya se vá retardando á juicio de las señoras, segun la siguiente conversacion.

—Sin embargo, decia Doña Juana, en el momento que las encontramos; en este tiempo no es tarde á estas horas, habrá salido de noche para no sentir el calor, y dentro de breves momentos se encontrará aquí.

—Con todo es extraño, repuso Beatriz, el querer venir á estas horas; ya veis lo que ha dicho Fr. Tomás.

—¿Qué!

—Que D. Alonso es amigo de aquellas señoras que aquí han estado, y que éstas están vigiladas por la inquisicion como hechiceras.

—¿Y qué se desprende de eso? dijo Doña Juana, principiando á comunicársele un ligero tinte de miedo, que parecían marcar las palabras de su hija.

—Que D. Alonso puede ser lo mismo que ellas, cuando es tan su amigo.

—Déjate de tonterías, niña.

—Además Fr. Tomás ha dicho, que no seria extraño nos sucediese hoy alguna desgracia con la venida de D. Alonso.

—Y ya se va haciendo tarde, repuso Doña Juana, poseida por el terror.

—Y la noche ya lo veis, oscurece nebulosa, en silencio; es una temeridad; no quisiera que viniera esta noche.

—Marchemos de aquí, hija mia.

Madre é hija se levantaron y se dieron la mano para marcharse, sin darse cuenta

(1) Extractamos á continuacion la siguiente nota de la crónica de Hallam.

«Se ha observado que las legumbres no fueron comunes para el alimento de los ingleses hasta aquella época; en los primeros años del reinado de Enrique VIII no se plantaban coles ni zanahorias, ni raíz alguna comestible, y la reina Catalina de Aragon no pudo comer ensalada hasta que su marido mandó venir á un hortelano de los Paisés Bajos. Las alcachofas, los albaricques, las ciruelas, la grosella, y las cerezas aparecieron en Inglaterra en la misma época.»

de lo que hacian, sino engolfada cada una en medio de un terror inesplicable.

En este momento se abrió la puerta del jardín con violencia y penetró un caballo blanco á todo escape, que llegó casi hasta los pies de las damas, quedándose repentinamente parado.

Estupefactas, aterrorizadas y sin accion, madre é hija, temblaron en la agonía, y al conocer en su espanto el caballo blanco de D. Alonso, cayeron en tierra mortalmente desmayadas.

X.

Doña Juana Henríquez de Mollinedo cayó gravísimamente enferma. A los gritos de madre é hija en la noche referida, acudieron los criados, que vieron el caballo blanco destrozar todo el jardín para buscar nuevamente su salida, que no pudo conseguir sino saltando por la pared como una pelota.

Los criados, sin saber qué era aquello, solo sintieron aun mas terror que sus amas, y los vecinos y todo el mundo, no pudieron menos de enterarse de abultadas y fabulosas desgracias, que cada uno decia á su modo, causadas por unas pícaras brujas que por sus rabiosísimos celos habian tratado de asesinar con un susto á Doña Juana y su hija; por ser ésta, segun decian, preferida por el caballero D. Alonso de Aguilar, que era á su vez idolatrado por una de las brujas.

Beatriz, la bella hija de Doña Juana, que verdaderamente no habia pensado jamás en D. Alonso, pues no lo conocia, ni tampoco pensó despues de haberlo visto, sentia mas que nadie tal accidente, que habia postrado en cama y tan gravemente á su madre.

Doña Juana, en fin, agravando en su enfermedad, y al cabo de un mes de cuanto hemos relatado, falleció, dejando á su hija sumergida en la horfandad y en la amargura; pero algo satisfecha por cuanto ya se desvanecia del todo el interés de su madre en la peticion de D. Alonso, á quien no amaba.

No habia necesidad de tanto para que Fr. Tomás, á nombre de la inquisicion, tratase de formarles á Isabel, Inés y D. Alonso el proceso correspondiente.

Y así sucedió en efecto. A los dos dias de lo referido se encontraban presos los tres por el Tribunal del Santo Oficio.

A pesar de la acechanza de Fr. Tomás contra D. Alonso para lograr rescatar su amuleto, no lo habia podido conseguir.

Para la prision y encausamiento de las jóvenes y D. Alonso, se hizo constar que las primeras con sus malas artes habian convertido á D. Alonso de Aguilar en caballo blanco, con lo que se les reputó como autores de la muerte de Doña Juana Henríquez de Mollinedo.

LA CASUALIDAD.

I.

Hé aquí una combinacion de sílabas por medio de las que el hombre ha formado una palabra de que se sirve para demostrar, á pesar suyo, que hay un orden de cosas, de ideas y de actos que están fuera de su alcance; que hay una vida sobre la suya que siente y no conoce, que está, en fin, rodeado de causas que no vé, hasta que los efectos le salen al paso, lo paran y le dicen: «mira.»

Entonces el hombre abre los ojos, se pierden sus miradas en la misma oscuridad de lo que está viendo y en vez de doblar la cabeza y decir: «misterio» alza la frente y esclama: «casualidad.»

Si la lengua no hubiera acudido al recurso de esa palabra, el telar misterioso y complicado en que se tejen los sucesos que están

fuera de nuestra prevision, no tendria nombre.

En todo hay siempre un hilo oculto y caprichoso que se nos escapa entre los dedos y que no podemos atar nunca.

¿Qué es la casualidad? una loca que se entra por medio de nuestros cálculos y los desordena y los destruye; una ciega que va siempre tropezando con todas nuestras previsiones; una tonta que se rie de las mas ingeniosas combinaciones de la inteligencia humana.

¿No es esto así? Pues bien, nadie medita tanto sus actos como la casualidad.

Obsérvese bien y veremos que cada una de sus imprevistas apariciones es el resultado de una minuciosa combinacion de circunstancias, un tejido de pormenores laboriosamente fabricado: el colmo de la paciencia, de la habilidad y del cálculo.

Lo que hace la casualidad no hay entendimiento humano, ni ciencia, ni prevision que pueda imitarlo.

El camino por donde lleva sus misteriosas combinaciones nos es desconocido: posee el secreto de un álgebra insondable y tiene á su arbitrio la llave misteriosa de una geometría incomprensible.

Unas veces llamamos á la casualidad fortuna, otras veces la llamamos desgracia.

Acontece con frecuencia lo que voy á referir.

Sale un dia de su casa un hombre; al borde mismo del umbral de la puerta se encuentra con la calle y *la toma*. Esto es evidente, puesto que al volver la primera esquina que le sale al paso *la deja*: si no la hubiera tomado, no podría dejarla.

Tomando y dejando calles llega sin saberlo al punto en que la casualidad lo espera con el reloj en la mano. Es pasmosa la puntualidad con que acudimos á estas citas ignoradas.

Repentinamente este hombre se pára porque ha visto á otro hombre venir hácia él: no le conviene ó no quiere encontrarse con ese hombre y trata de evitar el encuentro á toda costa.

Será difícil tropezar con uno que no tenga siempre otro de quien huir.

Nuestro hombre se pára, porque reflexionar es hacer alto, busca una salida, pero no encuentra á la mano ninguna boca-calle por donde desaparecer, y entretanto el otro hombre adelanta tranquilamente hácia él por la acera opuesta.

Apenas queda un minuto de tiempo para buscar un medio que evite el encuentro.

Hay ocasiones en que el hombre quisiera que la tierra se abriera debajo de sus piés; pero es el caso que la tierra no se abre mas que cuando Dios quiere.

Para retroceder es ya tarde. ¿Qué hacer?

Se le ocurre la idea de meterse en el portal mas cercano, subir hasta la última boardilla y volver á bajar. En esta doble operacion puede emplear todo el tiempo necesario para que el peligro pase; pero ¡ah! el portal mas próximo está á veinte pasos. Todavía no ha sido visto por su enemigo, mas todo depende de unos cuantos minutos. Entonces se desespera calculando que ha tenido tiempo para volverse atrás.

De pronto se dá una palmada en la frente como si quisiera abofetear á su entendimiento en castigo de su torpeza. Acaba de ver que se encuentra precisamente delante de la puerta de una administracion de loterías. Un gran cuadro colgado al lado de la puerta le ha dicho en letras muy claras: HAY BILLETES.

Imaginémonos la alegría de un raton que huyendo de un gato encuentra un agujero, y nos habremos puesto al cabo de la calle.

Nuestro hombre entra precipitadamente en la administracion de loterías abriendo la mampara de cristales que se le opone al paso, teniendo buen cuidado de volver á cerrarla y

pide un billete sin apartar la vista de los cristales al través de los que vé lo que pasa por la calle.

Le dan uno y no le gusta porque todavía no ha pasado el hombre de quien huye.

NOTA. He dicho hombre; pero téngase entendido que pudiera muy bien ser muger.

Le dan el segundo billete y tampoco le parece bueno por la misma razon que el anterior le ha parecido malo.

Mientras buscan el tercero, se proyecta en los cristales la sombra de una figura humana que pasa tranquilamente siguiendo su camino.

El tercer billete es el que busca. Lo paga contando las monedas con cierta lentitud; lo dobla muy despacio sepultándolo en un rincon de su cartera, se despide muy cortesmente y toma de nuevo la calle con las precauciones necesarias.

Véase cuántos pormenores, cuántas circunstancias, cuántos incidentes han tenido que combinarse para que este hombre compre un billete de la lotería.

Pero esto no es mas que la mitad de la intriga.

El premio grande de la lotería llama poco despues á la puerta de la casa en que vive ese hombre con la sonora voz de cincuenta mil duros.

¿Cómo ese billete entre millares de billetes, ese pedazo de papel entre millares de pedazos de papel se ha convertido súbitamente en un capital?

¿Qué cosas misteriosas, estrañas é incomprensibles pasan dentro de ese saco en que se mueve un mundo de números?

Allí deben agitarse y resolverse, luchar unos contra otros, disputándose la gloria del premio. ¡Cuántas intrigas no se fraguarán entre ellos por alcanzar el título de número premiado!

Mientras las bolas se revuelven dentro de la caja, como los hombres en el mundo, el billete escondido en el rincon de una cartera ó en el fondo de un bolsillo, espera con triste desaliento el fallo de la fortuna.

Al fin aparece el número premiado. Es uno cualquiera.

¿Cuáles son los títulos de ese número para haber alcanzado tan señalada distincion?

¿Cuáles son sus méritos ó sus influencias? No hay un jugador que sea capaz de responder á esas preguntas.

El mas largo no tiene mas remedio que encogerse de hombros para demostrar que es mas corto de lo que parece.

Toda la respuesta que puede dar está reducida á una série incomprensible de sílabas: casualidad.

Las letras no han encontrado aun la combinacion necesaria para descubrir con una palabra los secretos íntimos de los números; como la óptica no ha podido inventar todavía una combinacion de cristales por medio de la que puedan los ojos humanos ver claramente la oscuridad.

La casualidad es á las palabras lo que es el cero á los números.

Con la palabra casualidad se representa lo que no se sabe, con el cero lo que no hay.

Casualidad quiere decir, lo ignoro.

Pero es igual á nada.

¿De qué medios ocultos é impenetrables se vale la fortuna para realizar en la lotería sus misteriosos designios?

No se sabe.

Pero imagínese cuánta circunstancia, cuánto pormenor, cuánto incidente es preciso combinar para que sea éste el número premiado.

En vano se hacen esfuerzos supremos por levantar una punta siquiera de su velo impenetrable.

Todas las conjeturas engañan, todos los cálculos fracasan, todas las combinaciones se pierden.

No hay manera de averiguar el número que va á ser premiado.

Si la fortuna fuera ciega, ¿no la hubiera sorprendido el hombre alguna vez anudando los misteriosos hilos de sus incomprensibles tramas?

¿Podemos admitir que una pobre ciega se burle así de la inteligencia humana que todo lo vé, del cálculo del hombre que todo lo averigua?

Si la fortuna fuera loca, ¿es posible que pudiera tejer esas minuciosas y admirables combinaciones siempre imprevistas; y ante las que se desespera la inteligencia mas activa, el cálculo mas fino y la razon mas sagáz de los hombres?

¿Será posible que una ciega vea mejor que todos los que ven, y que una loca sea mas sagáz que la inteligencia de todos los que desean el premio grande de la lotería?

¿Serán los jugadores mas ciegos y mas locos que la fortuna?

JOSÉ SELGAS.

EL POETA.

¿Quién como tú, lumbrera inapagable,
Del solio del Eterno descendida
A este mundo de barro deleznable,
Luz á verter de fecundante vida?
¿Quién como tú, purísimo, inefable
Ángel de amor, do la virtud se anida,
Génio inmortal, que tienes por asiento
Los ámbitos sin fin del firmamento?

¿Quién como tú? La sociedad te niega
Porque egerces en ella predominio,
Sin comprender en su ignorancia ciega
Que realizas de Dios alto desinio;
Y te rechaza estúpida, y reniega
Del celestial purísimo dominio
De tu escelsa doctrina, apóstol santo,
Que el mundo regeneras con tu canto!

¿Al mundo, sí! la humanidad imperfecta
A la luz de tu idea creadora
En tus cantos vertida, la perfecta
Virtud absorbe, que en tu acento mora;
Y aunque rechaza tu saber, y abyecta
Te saluda con risa mofadora,
A su pesar este mezquino mundo
Recibe de tu idea bien fecundo.

Porque tú con amor tierno regalas
En sublime cancion eco celeste,
Que en mundo cambia de divinas galas
La triste soledad del suelo aqueste:
Por tí, dejando las etéreas salas,
Querubes bajan á este valle agreste;
Y, vertiendo una lágrima divina,
Fecundizan sublime tu doctrina.

¿Quién á la Grecia mísera y sin nombre
Profetizó en cantares su ventura?
¿Quién á la Italia dió gloria y renombre
Con notas de dulcísima ternura?
¿Quién á los ojos presentó del hombre
Perdido el Paraíso de hermosura?...
¿Y quién de España en el vergel risueño
Ver hizo al mundo que la vida es sueño?

¡Humillad la cerviz, mundos ateos,
Que la grandeza despreciáis del vate!
¿Qué sois vosotros, qué vuestros deseos
Junto aquella alma, que fogosa late
Inspirada por Dios?... Los devaneos
De vuestro orgullo su pensar abate;
Y vuestro afán por abatir es vano
A quien tiene un origen sobrehumano.

Mira su frente, donde activo arde
El fuego inspirador de su alta idea,
Y dime, sociedad pobre y cobarde,
Que desprecias el bien que por tí crea:
¿Quién de su pensamiento al régio alarde,
Que en su ardiente mirada centellea,
Doblando con respeto la rodilla,
Ante el poeta escelso no se humilla!

Quando pulsa su lira, el aura suave
Sus dulces ecos con amor remeda;
Y sus cantos tiernísimos el ave
Imita, al columpiarse en la arboleda;
El arroyuelo, que murmura grave
Y por el prado blandamente rueda,
Anhela en su sonoro movimiento
Imitar del cantor el dulce acento.

¡Vano anhelar! los cantos desprendidos
De su laúd melódico y vibrante
Son ecos de los cielos transmitidos,
Son raudales de bien fecundizante,
Son destellos divinos recibidos
Del Dios eterno, inspirador, amante,
Que en la mente del vate vida toman
Y al mundo purifican y el mal doman.

Bendito el sér, que en su memoria lleve
De sublime poeta el fuego santo,
Y de la dicha en pos su vuelo eleve
A las regiones de eternal encanto;
Y así que en fuentes celestiales bebe
Dulces consuelos al acerbo llanto,
Torne á verter del hombre en la amargura
Una nota de célica ventura!

Bendito sea el que en su seno alienta
Suprema inspiración, que Dios inflama,
Y del mundo en la horrida tormenta
De su idea el fulgor suave derrama!
El es el iris, que apacible ahuyenta
De la pena cruel la fiera llama,
Y le concede al hombre, que le oprime,
Eterno bien que su abyección redime.

ISABEL POGGI.

LA VIDA.

SONETO.

Gota brillante, que desciende al suelo
Desde la nube, al despuntar la aurora,
Del sol mira la luz y se evapora,
Y allá se pierde en el etéreo velo.

Si por señal de su infeliz anhelo
Huella en la tierra, do cayó, elabora,
Es fango impuro do la asfixia mora;
No limpio esplendor de claro cielo.

Así la vida, al estender ufana
Sobre este mundo su gigante idea,
Marchita mira su ilusión temprana

Súbito al soplo que la muerte crea;
Y si deja tal vez una memoria,
¡Es de amarguras miserable historia!

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ.

CAPRICHOS DEL SENTIMIENTO.

NOVELA ORIGINAL

DE

D. JACINTO LABAILA.

(Conclusion.)

XVII.

Desafío.

En medio del bosque de *** distante tres leguas de Barcelona, paró un carruaje y bajaron de él dos hombres. D. Eusebio de la Riba y un coronel amigo suyo que iba á servirle de padrino. D. Eusebio estaba mortalmente pálido, en sus ojos chispeantes y distraídos se marcaba su impaciencia y en sus dientes apretados y labios contraindidos su rabia. De vez en cuando dirigía sus miradas hacia el camino de Barcelona, y viéndole solitario, volvíase hacia su padrino haciendo un gesto que denotaba su impaciencia, su falta de costumbre en esperar.

Pocos momentos después otro carruaje penetró hasta el corazón del bosque. Apeáronse de él el Conde del Romero y Pascual Ortiga.

—No perdamos tiempo, dijo D. Eusebio, elija V. una pistola.

—Esta, contestó el Conde, asiendo fuertemente una de ellas, y contemplándola con una mirada extraña, siniestra.

—Tiremos á boca de jarro, apuntando sobre el corazón.

—¡Sea! exclamó el Conde cuyas miradas se estraviaban.

Apartáronse los padrinos, reinó un instante un silencio solemne, pusieron las pistolas los desafiados junto al corazón de su rival, miráronse de un modo siniestro y soltaron el

gatillo con firmeza. Se oyó una detonación y un cadáver rodó al suelo bañado con su sangre.

XVIII.

Un imprudente.

En un gabinete de casa D. Eusebio estaban reunidos dos hombres y dos mugeres, formando dos parejas, y al parecer bastante ocupada cada una de ellas en su conversación. Eran Mauricio y Amparo, y Basilio y Antonia: los primeros hablaban de amor, los segundos de matrimonio; éstos ya pensaban en señalar el día de la boda, aquellos en lo que vamos á oír.

—V. ama á Elvira....

—No, la aborrezco desde que la conozco. Desde que he comprendido el corazón de V. cómo pensar en otra muger? ¿cómo no querer á V. hasta la adoración? ¿Amparo, seré tan infeliz que implore inútilmente su apetecido amor?

—No, Mauricio, quiero ser explícita. Le amo á V. hace tres años.

—¡Imbécil de mí que no lo he conocido! Yo insensato he gastado el tesoro de mi ternura con quien no lo merecía, he sido ciego; he tomado por oro el oropel, he buscado aroma en una flor marchita y la felicidad donde no existe; pero Dios ha querido que lo conozca á tiempo y me arrepiento y me enmiendo, abriéndome los ojos á la luz, haciéndome tomar oro por oro, buscar aroma en una flor recién abierta y la felicidad en donde está, en tu amor constante y purísimo. Perdona que haya sido míope tanto tiempo; perdona que no te haya prodigado el cariño y la ternura que te mereces.

—¡Gracias, Dios mío, por este primer momento venturoso de mi vida! ¡Soy muy feliz!

—¡Muy desgraciada! dijo una voz ronca. Era la de Pascual Ortiga, que penetraba precipitado en la habitación.

Todos se levantaron asustándose: Amparo fue á hablar, y se le heló la voz en la garganta: Mauricio preguntó á Pascual:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que D. Eusebio ha muerto.

Amparo lanzó un ¡ay! histérico, desgarrador y cayó desmayada sobre una butaca: Antonia, acudiendo á su hermana, se atrevió á preguntar:

—¿Ha muerto?...

—O le han matado, es lo mismo.

Antonia, aunque poco sensible, lloró: al fin era hija.

—Imprudente, dijo Mauricio, ¿no podías haber dado esa noticia de otro modo?

—¿Qué mas tiene!

—¿Dice V. que le han matado? preguntó Basilio.

—Sí, ha tenido un desafío con el Conde del Romero y ha sido la víctima.

—¡Pobre D. Eusebio! exclamó Basilio.

—¡Pobre Conde! exclamó Rojas.

—Tienen VV. razón; los dos son dignos de lástima, D. Eusebio porque perdió la vida y el Conde porque ha perdido la razón.

—¡Ha perdido la razón! ¡Desventurado!... murmuró Mauricio.

—Así fue, al sonar el tiro, D. Eusebio cayó en tierra sin poder pronunciar un vocablo, el Conde en seguida arrojó la pistola, arrodillóse ante el cadáver, lo besó por tres veces consecutivas, y levantándose permaneció unos tres segundos mirándolo de una manera estúpida; por fin lanzó una sonora carcajada y huyó en escapada carrera por entre los árboles del bosque.

XIX.

Un año después.

(Epilogo.)

Un año después Elvira de Peralta había reñido, no solo con el hijo del Cónsul, sino también con otros tres amantes; se había des-

acreditado hasta tal punto, que se la miraba por encima del hombro como vulgarmente se dice, y le sucedía todo cuanto Mauricio le había profetizado. Ningun partido regular se le presentaba, los jóvenes huían de ella, pues sus novios representaban á los ojos de la sociedad el papel de víctimas, y nadie quiere representar á sabiendas este tristísimo papel. Aburrida y despechada dió oídos al fátuo de Pascual Ortiga y casi por necesidad tuvo que casarse con él. Este casamiento es una lección elocuentísima que no debe olvidar ninguna Elvira.

Antonia, pasado el año de luto, contrajo matrimonio con su media naranja, con Basilio Lope. No fue desgraciada ni feliz, porque caracteres como el suyo no se han formado para la felicidad ni para la desgracia. Las Antonias tienen la existencia de los vegetales y pasan su vida en una especie de limbo. Basilio Lope era un marido *ad Antoniam*, hombre que consideraba el amor como un negocio y de consiguiente era tan frío, tan apático como su muger. Si se me permitiera parodiar el refrán «Dios los cria y ellos se juntan» diría haciendo una aplicación á este caso «Dios los cria y ellos se casan.»

Amparo, también después del año, casó con Mauricio Rojas. Amparo era feliz; con su generoso carácter y su sensibilidad esquisita había nacido para ser dichosa ó desventurada: para ella no podían existir términos medios, ni medias tintas; era preciso que pintase el lienzo de su vida el claro diáfano de la felicidad ó el oscuro nebuloso de la desgracia: amaba cariñosamente á Mauricio y había concentrado en él todas sus aspiraciones. Rojas también era feliz. Cuando el Conde le adivinó que Amparo le amaba en secreto, principió Mauricio á enamorarla porque halagaba su amor propio esta conquista silenciosa que hizo sin él saberlo; después con el trato conoció las excelentes cualidades de Amparo y vió con un regocijo indescriptible que aun guardaba la perla de su amor incólume en la concha de su corazón, y al verse querido con frenesí y al mismo tiempo con esa tierna delicadeza, cualidad exclusiva de ciertos caracteres, fue olvidando poco á poco á Elvira y amando poco á poco á Amparo hasta el extremo que la amaba. Si hubiera vivido D. Eusebio, su hija y Rojas nunca se hubieran unido: su obstinación en el casamiento de Amparo con el Conde, ó había de costarle á su padre la vida ó á Amparo la felicidad. La obstinación nos arrastra muchas veces á los mayores absurdos y á los mas profundos dolores.

El Conde del Romero recobró la razón, pero quedó sumido en una continua melancolía; nada le alegraba, el fuego había muerto en sus ojos, la sonrisa en sus labios, la felicidad en su corazón: quedó insensible como todos los hombres trabajados por el infortunio. Para olvidar sus dolorosos recuerdos viajaba sin tregua, y como acometido por un vértigo de variar de climas, de objetos y de países, tan pronto estaba en Portugal, como en Inglaterra, como en Roma. Como el Judío Errante, parece que siempre tenía sonando en sus oídos la poderosa voz de ¡anda! ¡anda! y la melancolía no le abandonaba ni en Roma, ni en Inglaterra, ni en Portugal. ¡Inútiles viajes! En el mundo, como en la mitología, no existe un *Leteo* con cuyas aguas podamos borrar nuestro pasado.

Abril 1857.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Aluñe.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.